

*La llave del tiempo*

LIBRO SEXTO

# LA PUERTA DE CARONTE

Ana Alonso y Javier Pelegrín

ANAYA

## CAPÍTULO 1



**S**egún el reloj terrestre de mi rueda neural, llevamos treinta y seis horas en Eldir, pero todavía no ha oscurecido. La camioneta avanza a trompicones por la cinta arenosa que hace las veces de carretera, y, con cada bache, tengo la sensación de que se me rompen todos los huesos. Es por la gravedad... Aquí pesamos más, y hasta mover una mano o una pierna supone un esfuerzo agotador.

Un rayo plateado acaba de rasgar el verde borroso del cielo. Espero a oír el trueno que debería seguirle, pero tarda mucho, y, cuando finalmente llega, su sonido parece extrañamente apagado, como sofocado por el calor y la humedad del aire. A mi lado, Martín se balancea dormido en el asiento, con la mejilla apoyada sobre mi hombro. Los demás también duermen, Casandra abrazada a Deimos, Jacob con la cabeza inclinada hacia delante, y Selene, muy rígida, a su lado. En cuanto a Uriel, está sentada frente a mí y tiene los ojos cerra-

dos, pero hace un momento la he visto pestañear. Es posible que esté a punto de despertarse.

Todos parecen sucios de polvo y de sudor, y me imagino que yo tendré el mismo aspecto. Al intentar recogerme un mechón de pelo que se me ha escapado de la cola de caballo, lo noto áspero y apelmazado por la arena.

Casi no me atrevo a mirar hacia delante, hacia esa enorme esfera de color rojo oscuro suspendida justo encima del horizonte. No se ha movido en todas las horas que llevamos avanzando. Es como si estuviera clavada en el cielo de color esmeralda, brillando tenuemente. Puedo distinguir las bandas púrpuras y granates en su superficie, los remolinos negros de nubes anclados a ella. Ni siquiera sabemos su nombre... Jacob cree que no es ni una estrella ni un planeta, sino un cuerpo de tamaño intermedio, lo que en Astronomía se conoce como una enana marrón. Nunca habría imaginado que las enanas marrones tuviesen luz propia, aunque fuese tenue y roja...

A su derecha, cada vez más cerca del horizonte, brilla una estrella auténtica, un sol como el nuestro, aunque mucho menos brillante. Incluso se puede fijar la vista en él sin que el resplandor te ciegue, y se distinguen sus manchas oscuras. Parece el doble de grande que el sol, pero su luz es mucho más suave. Avanza muy despacio hacia el crepúsculo.

Por lo demás, no hay nada. El paisaje que atravesamos es una inmensa llanura pedregosa sin el menor signo de vida. Las rocas son grisáceas y yacen esparcidas sobre un suelo blanco y agrietado, como de arcilla reseca. La llanura parece no tener fin, el horizonte se encuentra lejísimos. Este planeta debe de ser muy grande, muchísimo más grande que la Tierra.

Se oye otro trueno, y Martín despega la cabeza de mi hombro. Ha abierto los ojos, y mira fascinado la inmensa esfera roja en el cielo antes de volverse hacia mí.

—No me lo imaginaba así —confiesa.

No digo nada, y él se da cuenta de que estoy haciendo algo con mi rueda neural.

—¿Estás bien, Alejandra? —me pregunta—. Te noto distraída. ¿Es que ya has empezado con el diario?

Asiento con la cabeza. Antes de despedirnos de Koré, la conciencia artificial que nos ha traído hasta aquí, hemos estado discutiendo sobre la mejor forma de protegernos. Koré sabe muy poco acerca de lo que sucede en este planeta, por lo que no nos puede servir de gran ayuda. Todo lo que ha podido decirnos es que sus habitantes, los presos enviados desde la Tierra por los perfectos, son despojados de sus recuerdos antes de aterrizar. Eso lo sabe bien, porque es ella la encargada de arrebatarles la memoria... Nosotros nos hemos librado gracias a Selene, pero ¿qué pasará cuando los demás descubran que no somos como ellos? ¿Nos someterán a algún tratamiento para hacernos olvidar? ¿Nos denunciarán a los perfectos? Ni siquiera sabemos si vamos a encontrarnos con algún perfecto en este planeta... Koré cree que, aparte de los condenados, en Eldir no hay más que robots. Quizá tenga razón. Si es así, puede que sean ellos los encargados de comprobar nuestra memoria. ¿Y qué harán cuando averigüen que seguimos recordando? No se quedarán de brazos cruzados, eso seguro (suponiendo que los robots de Eldir tengan brazos. Los que nos instalaron en esta camioneta solo tenían una gran terna en su parte delantera).

Por eso llegamos a la conclusión de que debíamos escribir todo lo que nos fuera ocurriendo; por si, en algún mo-

mento, nos robaban la memoria... Pero la única forma de conservar lo escrito es enviárselo diariamente a Koré para que ella lo almacene. Y la única que puede hacer eso sin que los sistemas informáticos de los perfectos detecten la comunicación soy yo. Koré es una conciencia artificial creada en mi época. Nuestros lenguajes de programación son compatibles, al menos en parte... Así que, en este viaje, yo voy a hacer de cronista. Voy a tomar notas de todo lo que nos ocurra, para que nada se olvide en caso de que alguien decida intervenir sobre nuestras mentes.

Claro que, después de viajar durante tantas horas a través de este paisaje infinito y desolado, empiezo a preguntarme si nuestros temores no serán absurdos. La impresión que tengo es que, aparte de nosotros, no existe ningún otro ser vivo en este vasto planeta... Ni siquiera hemos visto nada parecido a la vida vegetal en todo el trayecto. ¿De qué vamos a alimentarnos? A lo mejor, lo que les sucede a los condenados de Eldir es que vagan sin descanso por estas llanuras desiertas hasta morir de hambre o de sed. Afortunadamente, no nos hemos encontrado con ningún esqueleto desgastándose al sol, lo cual es buena señal. Pero tampoco hemos visto ningún río ni ninguna charca; y eso es malo.

Parece que Martín me ha leído el pensamiento, porque señala al cielo sonriendo.

—Al menos, no nos moriremos de sed —dice en voz baja, para no despertar a los demás—. Esas nubes seguro que traen lluvia. Y crecen muy deprisa... A este paso, pronto nos mojaremos.

Asiento sin mucha convicción. El contenido de la garrafa de agua que los robots nos dejaron en la camioneta ha menguado de un modo alarmante en las últimas horas. Además,

no hemos comido nada desde que abandonamos la nave... Pero, en este momento, esa es la menor de nuestras preocupaciones.

Cuando empiezan a caer las primeras gotas, todos se despiertan sobresaltados. No me extraña; a pesar de lo diminutas que son, caen con tanta fuerza que parecen piedras. Todos gritamos e intentamos protegernos la cabeza con los brazos, pero nuestros esfuerzos son inútiles. Si continúa lloviendo mucho tiempo, pronto tendré el cuerpo entero lleno de moretones.

El cielo se ha encapotado muy deprisa sobre nuestras cabezas, y las nubes, densas y bajas, parecen tan pesadas como ladrillos. De pronto, el paisaje se ha vuelto oscuro y amenazador. Los débiles rayos del sol han quedado completamente ocultos detrás de esas masas de vapor grises y opresivas. Incluso la gran luna roja ha quedado parcialmente oculta... Veo que Jacob se quita las botas para intentar llenarlas de agua, pero no tiene suerte. A los pocos minutos, la lluvia cesa tan bruscamente como empezó, y en el fondo de las botas de nuestro compañero apenas hay un centímetro de agua.

—De todas formas, ni siquiera sabemos si es potable —dice Selene para consolarle—. Puede que sea lluvia ácida, o radiactiva... No deberíamos probar nada de este planeta sin asegurarnos antes de que no va a matarnos.

—No es un planeta —la corrige Jacob de mal humor—. ¿No lo veis? Es un satélite; un satélite que gira alrededor de una enana marrón que a su vez gira alrededor de una enana roja. Parece que no tuvierais ojos en la cara.

—¿Ese sol es una enana roja? —pregunta Deimos confundido—. Pero su luz no es roja, es como la de nuestro sol...

—Como la de nuestro sol, pero mucho más débil —confirma Jacob—. Eso sí, emite un montón de infrarrojos... Por eso hace este maldito calor.

Nos miramos unos a otros intentando ocultarnos mutuamente el miedo que sentimos.

—Por lo menos podemos respirar sin mascarilla —suspira Selene—. ¿Os acordáis de Marte, y de la Luna? Aquello sí que era una pesadilla...

Sus ojos se encuentran con los de Casandra, que se han puesto húmedos de repente. Selene se calla, avergonzada. A todos se nos olvida lo que pasó en Marte con Deimos, ahora que lo tenemos otra vez con nosotros. A todos, menos a Casandra. Ella nunca deja de pensar en la tragedia de la Doble Hélice, que para Deimos todavía no ha sucedido.

La camioneta continúa traqueteando durante un buen rato, sin que nadie se decida a romper el silencio que ha caído sobre nosotros. Me fijo en Uriel, que no ha abierto la boca desde que se ha despertado. Está muy pálida, y parece tensa... Supongo que cree que su momento se acerca. Está convencida de que tiene una misión en este mundo inhóspito, y de que todos sus habitantes la van a recibir con los brazos abiertos.

Por fin, el paisaje comienza a cambiar a nuestro alrededor. La tierra está húmeda, y las rocas aparecen cubiertas de costras violetas y anaranjadas. Quizá sean líquenes, o alguna otra forma de vida parecida... No sé cómo nos las vamos a arreglar para alimentarnos de líquenes, pero, al menos, algo es algo.

Las nubes se han vuelto a dispersar, y ahora forman un banco de vapor denso y alargado, a ras de suelo. Una neblina clara, que refleja el resplandor sangriento de la enana marrón...

Bajo la niebla, el terreno parece extrañamente inmaterial. De pronto entiendo el motivo: no es un terreno sólido, es agua o algún otro líquido. Un líquido verde oscuro que se extiende hasta la lejanía, quebrado aquí y allá por masas de rocas. Un mar en Eldir... Espero que no sea de ácido sulfúrico, o de lejía.

—Mirad, ¡son casas! —dice Casandra, señalando hacia la derecha—. Qué raras...

Los edificios que ha señalado Casandra no parecen demasiado grandes, aunque, con las dimensiones que tienen aquí las cosas, todavía no me hago una idea clara de las distancias. Están contruidos sobre plataformas que descansan sobre pilares en el agua.

—Palafitos —murmura Jacob—. No es la idea que yo me hacía del infierno.

Cuando nos acercamos, descubrimos que las plataformas y los pilares que las sostienen son de la misma piedra gris que nos hemos venido encontrando a lo largo de todo el camino. Las paredes y el techo de las casas, sin embargo, están hechas de un material liso y brillante, que a mí me recuerda la porcelana. Sobre algunos de los tejados se ven masas gelatinosas rojizas o violetas. Quizá sean el equivalente de los huertos terrestres.

En conjunto, la aldea no parece tener más de doscientas o trescientas casas. Si aquí viven todos los habitantes de Eldir, desde luego no pueden ser muchos.

La camioneta se enfanga en un terreno blando y cenagoso, y su motor emite media docena de estertores roncós antes de detenerse.

—Parece que hemos llegado —digo.

Estamos muy cerca ya de las marismas y de los palafitos. Los habitantes de la aldea han debido de oír el motor de la



camioneta, o quizá estaban acechando nuestra llegada desde el interior de sus casas. El caso es que, de repente, empieza a salir gente de todas partes. Avanzan hacia nosotros en solitario, a veces en grupos de tres o cuatro personas. Todos están muy pálidos, y la mayoría presenta gran cantidad de arrugas en el contorno de los ojos y junto a las comisuras de la boca. Cuando se acercan, veo que tienen la piel áspera y endurecida de los que han pasado mucho tiempo a la intemperie. Pero entonces ¿por qué no están morenos? Recuerdo de pronto lo que Jacob ha dicho hace un rato acerca del sol. Es una enana roja, claro... Y no emite radiaciones ultravioletas, por eso la gente no se pone morena.

Entre los hombres y mujeres del improvisado comité de recepción, hay uno que destaca por encima de todos. La túnica que lleva, de color azul claro, se encuentra mucho menos desgastada que las de sus compañeros, y estos se apartan cuando él se acerca para dejarle paso. Él avanza hacia nosotros con paso majestuoso, sin apresurarse. Es un anciano de piel cobriza, con una barba amarillenta y descuidada especialmente crecida sobre la barbilla, lo que le confiere una vaga semejanza con un chivo.

El grupo de condenados se aproxima a la camioneta hundiendo las piernas en el lodo blanco, con el anciano de la barba amarilla a la cabeza.

—Bienvenidos al Valle del Llanto —nos dice, sonriendo de oreja a oreja—. En estos pantanos empieza vuestra nueva vida. ¿Dónde están los demás? No os esperábamos tan tempranamente...

Sus ojos atisban el terreno yermo que hemos dejado atrás, en busca de más vehículos. Al no encontrarlos, vuelven a fijarse en nosotros, desconcertados.

—¿Algún accidente? —pregunta, bajando la voz—. ¿Tan pronto?

Deimos le asegura que nosotros somos los únicos viajeros, pero el anciano meneaba la cabeza con desconfianza, como si no se creyese sus palabras. Supongo que el hecho de que llegue una nave con tan solo siete pasajeros a bordo debe de resultar bastante extraño para esta gente. Koré nos dijo que lo normal es trasladar a varios cientos de prisioneros en cada viaje.

Observo los rostros de las otras personas que se han acercado. Todos reflejan asombro y curiosidad, pero no veo a ninguno que parezca tener miedo. No sé por qué, me había imaginado que la gente, aquí, estaría siempre asustada y triste. Estas personas no parecen ni asustadas ni tristes; solo terriblemente fatigadas.

En seguida me doy cuenta de que Uriel les ha llamado la atención. Una mujer la señala repetidamente con el dedo y vocifera algo a sus compañeros, muy excitada. Desde la camioneta no entiendo lo que dice, pero al instante se le unen otras voces. Cada vez más dedos apuntan hacia Uriel, y todas las miradas están clavadas en ella. Al final, incluso el anciano que ha hablado se queda mirándola con la boca abierta.

La han reconocido. Es increíble... ¿Se supone que han perdido la memoria, y que no recuerdan nada de su pasado en la Tierra! ¿Cómo es posible, entonces, que recuerden la imagen de Uriel? No lo entiendo.

Por su parte, Uriel no parece en absoluto sorprendida. Es como si ya se esperase toda esta agitación alrededor de su persona. Pobre niña, no quiero pensar lo que será de ella si algún día descubre que no es realmente ninguna profeta, como los perfectos le han hecho creer... Pero ¿quién sabe? ¿Y si real-

mente lo fuera? Todo lo que ocurre a su alrededor es tan extraordinario... La verdad, no sé qué pensar sobre ella.

Mis compañeros también se han dado cuenta de la expectación que ha levantado la presencia de Uriel entre los habitantes de los palafitos. Sin dejar de mirar al anciano que parece liderar el grupo, Jacob se pone al lado de la niña y le pasa una mano sobre los hombros, con gesto protector. El anciano frunce el ceño y hace señas a otros dos hombres para que se acerquen. En ese momento, pienso que, realmente, no sabemos nada de esta gente. ¿Y si realmente son individuos peligrosos, que los perfectos han traído aquí para evitar que hagan daño a la sociedad? Su aspecto, desde luego, resulta bastante salvaje... Pienso en la espada que Martín lleva colgada a la espalda, y, la verdad, por primera vez no me parece absurdo que la haya traído.

De pronto, el anciano hace algo totalmente inesperado: se deja caer de rodillas sobre el fango y empieza a hacer reverencias mientras entona una grave letanía. Sus seguidores imitan su gesto, y en un momento tenemos a medio centenar de personas arrodilladas ante la camioneta, inclinándose repetidas veces hasta tocar el suelo con la frente.

—Alzaos —dice Uriel en tono solemne—. No he venido a que me adoréis, sino a compartir vuestro sufrimiento.

La reacción que provocan estas palabras es indescriptible. Risas, llantos, gritos histéricos y susurros apremiantes... Todos parecen haberse vuelto locos de repente. Solo uno de los niños se mantiene al margen, de pie, observando la escena con gesto desdeñoso. Me fijo en sus ojos grandes e inteligentes, en la firmeza de su boca, y de inmediato me cae bien. Ese niño tiene algo especial, estoy segura... Quién sabe, quizá podamos convertirlo en nuestro aliado.

—Te esperábamos sin esperanza —dice una mujer alta y enjuta, adelantándose y mirando a Uriel con ojos incrédulos—. Tu recuerdo es lo único que nos mantiene vivos en este mundo infernal. Me llamo Selima, y quiero que sepas que toda mi vida he estado aguardando este momento. Es curioso... Porque, ahora que ha llegado, no sé qué hacer ni que decir.

Otras personas intentan aproximarse para unir su voz a la de Selima, pero el anciano jefe las hace retroceder con un gesto negligente de la mano.

—Callad todos —dice con voz temblorosa—. Selima, no te he dado permiso para hablar... Tenemos delante de nosotros al Ángel de la Palabra, y lo único que se os ocurre es empujaros unos a otros para verla de cerca. Dejadla en paz, yo me ocuparé de ella. Este es un acontecimiento tan excepcional, que exige una consulta extraordinaria del oráculo. Lo haremos esta misma noche, en presencia de todo el pueblo; y, si la respuesta que recibimos es propicia, mañana mismo despacharé mensajeros a las aldeas vecinas. No temáis, Uriel será honrada por todos los condenados de Eldir como se merece... Pero debemos hacer las cosas bien si queremos que se cumpla la profecía.

Los curiosos empiezan a dispersarse, aunque en su retirada no dejan de lanzar miradas furtivas hacia atrás. Me conmueve verlos tan impresionados. Quién sabe cómo serán sus vidas, y lo que representará para ellos esta súbita aparición de una criatura que ellos consideran sobrenatural. Posiblemente, se lo contarán unos a otros durante generaciones, y, para muchos, este se convertirá en el momento más importante de su existencia.

Cuando se queda solo, el anciano nos mira indeciso.

—Me llaman Cobalto —se presenta—. Ese es el nombre que me dieron mis compañeros al llegar a este mundo... El anterior lo he olvidado. Os digo esto para que comprendáis que yo he pasado por lo mismo que vosotros. Al principio resulta enloquecedor. No sabes quién eres, no reconoces ninguno de los rostros que te rodean, hasta el cielo te parece extraño y desconcertante. Pero uno se acostumbra, creedme. Y, para los pecadores como nosotros, no es tan malo partir de cero.

Siento la presión disimulada de la mano de Martín sobre la mía, y entiendo de inmediato lo que significa. El anciano cree que nosotros también hemos perdido la memoria, y no debemos sacarlo de su error. Pero va a resultar muy difícil... Tendremos que hacer como que no nos conocemos entre nosotros, y fingir que no sabemos cómo hemos llegado hasta aquí.

Los siete descendemos por turnos de la camioneta, que de inmediato emprende el regreso hacia la base donde se encuentra Koré. Me tranquiliza no ver ningún robot por los alrededores. Cobalto, por su parte, no tiene ojos más que para Uriel. Todos los demás le traemos sin cuidado.

—¿Conoce el Ángel de la Palabra los nombres de los infelices que la acompañan? —pregunta, titubeante.

—Conozco sus nombres y puedo pronunciarlos, pero no estoy autorizada a revelar nada más acerca de sus vidas, ni de la razón de su presencia aquí —contesta Uriel con autoridad.

La rapidez de su reacción me deja estupefacta. Esta niña es un pozo de sorpresas... O está realmente convencida de ser la reencarnación de Uriel, o es una actriz prodigiosa y una farsante consumada. En todo caso, tenemos que estarle agradecidos, porque su respuesta parece satisfacer plenamente a Cobalto, evitando que siga haciendo preguntas.

El anciano nos guía a través del terreno cenagoso hacia la aldea de palafitos. No distingo ningún camino en el fango. Las suelas de las botas se me pegan al suelo, y me cuesta muchísimo avanzar. El calor es insoportable, y me doy cuenta de que estoy sudando como un pollo.

En la aldea, la gente camina sobre plataformas de un material flotante que recuerda un poco al corcho para ir de unos palafitos a otros. Hay algunas canoas desvencijadas amarradas a las pilastras que soportan las casas. Parecen de madera, pero, por lo que hemos visto hasta ahora, aquí no hay árboles... Quizá se trate de algún material sintético de imitación.

Al llegar a una encrucijada de plataformas, Cobalto se detiene y empieza a dar órdenes a todos los que se cruzan en su camino. Pronuncia a gritos los nombres de tres mujeres, que acuden a toda prisa. Una de ellas es Selima, la mujer que habló antes sobre Uriel.

—Los recién llegados necesitan reponer fuerzas —dice Cobalto—. Los dividiremos en grupos de dos, y os los llevaréis a vuestras casas. A menos que el Ángel de la Palabra desee disponer otra cosa...

Veo dudar a Uriel por un segundo antes de contestar.

—No, no —dice en seguida—. No queremos alterar vuestras costumbres ni ser una carga para vosotros. Seguiremos tus instrucciones, anciano.

Cobalto sonrío satisfecho.

—Excelente —murmura—. Entonces, vos vendréis conmigo y con el acompañante que elijáis... Mi casa es la más cómoda de la aldea.

Uriel, mientras el anciano habla, clava su mirada en Selima. Luego, levanta el dedo y la señala.

—No —dice—. Quiero ir con ella. Y mi acompañante será Alejandra —añade, volviéndose hacia mí.

Cobalto hace una reverencia en señal de acatamiento. Se ve que la decisión de Uriel le mortifica enormemente, pero ni siquiera se le pasa por la cabeza cuestionar los deseos de la esperada profeta. Rápidamente, asigna a Deimos, Martín y Jacob a otra de las mujeres. Luego, por primera vez, observa de pies a cabeza a Selene y a Casandra, que permanecen juntas esperando su turno.

—Parecen sanas —dice, complacido—. Y son hermosas... Las llevaré a mi casa, podrían ser buenas esposas para mis hijos.

Deimos da un paso hacia el anciano, pero Martín le detiene con la mano. Una vez más, Uriel acude al rescate.

—Casandra y Selene no pueden casarse todavía —dice con gran seriedad—. Están llamadas a otro destino. Que se las lleve esa otra mujer a su casa... Adiós, anciano, nos veremos esta noche, cuanto hayas consultado al oráculo.

Sin esperar a oír la respuesta de Cobalto, comienza a caminar muy digna por la plataforma. Selima, deshaciéndose en reverencias y disculpas, se le adelanta para indicarle el camino hacia su palafito. Comprendo que debo unirme a ellas, así que lanzo una mirada de despedida a Martín y corro tras Selima.

Ya en el palafito, la mujer nos señala avergonzada el jergón de color violeta que ocupa una de las esquinas de la única habitación de la vivienda.

—Lo siento, no tengo más que esa cama —se disculpa—. Uriel puede ocuparla, y para ti, muchacha, pediré paja del almacén comunal, aunque no creo que me la den antes de esta noche...

—¿Y dónde dormirás tú? —pregunto, asombrada.

Selima sonríe abiertamente.

—Mi hijo y yo dormiremos fuera, en la plataforma. Lo hacemos a menudo, cuando el tiempo es agradable. Esta noche se encenderán hogueras para el oráculo. No hará frío...

La rapidez con la que habla y las inflexiones de su voz me sorprenden, porque no se parecen en nada a la forma de hablar de los ictios ni de los perfectos. Es como si se expresase en un dialecto del inglés más anticuado... Y, por lo tanto, más próximo al idioma que se hablaba en mi época.

En ese momento, el muchacho de grandes ojos negros que antes observé entre la multitud asoma la cabeza tímidamente por el hueco que hace las veces de puerta de la vivienda.

—Este es mi hijo, Sirom —nos explica Selima—. Les estaba diciendo a nuestras invitadas que dormiremos fuera, para no molestarlas...

El chico, que aparenta más o menos la misma edad que Uriel, se encoge de hombros y nos mira con gesto desafiante. Sin embargo, Uriel no parece en absoluto impresionada.

—Muchacho, ve a buscar a Cobalto y dile que necesitamos más camas —ordena con una naturalidad sorprendente—. Que se las arregle como pueda, pero quiero que esta noche haya cuatro camas en esta casa. Dile que ese es mi deseo.

El muchacho se queda inmóvil unos segundos frente a Uriel. Luego, sin decir nada, se da media vuelta y desaparece por las escaleras que descienden del palafito.

—Os ruego que le perdonéis —nos dice su madre—. Es un buen chico, pero se le ha agriado el carácter desde que perdimos a su hermano. Es como si estuviera enfadado con el mundo... A veces tengo la impresión de haber perdido a mis dos hijos, y no solo a uno.



—¿Perdiste a un hijo? —le pregunto, sin pensar—. ¿Cómo fue?

La mujer suspira, y me arrepiento de haber insistido en un tema tan doloroso para ella. Sin embargo, ya es demasiado tarde para rectificar.

Selima alza la cabeza hacia el vano de la puerta y contempla unos segundos el paisaje árido y yermo que acabamos de atravesar. Dos profundas arrugas verticales le surcan la frente, y la sonrisa se ha borrado de sus labios.

—Fue en la peregrinación de los Bosques Negros —explica, sin mirarnos—. Todos los condenados debemos hacerla al menos una vez en la vida... Ese viaje decide muchas cosas. Unos vuelven de él transformados en personas mejores, y a partir de entonces la prosperidad no deja de sonreírles. Otros, en cambio, regresan enfermos... Y muchos no vuelven nunca. Eso fue lo que le pasó a mi hijo. Supuso un gran golpe para mí, porque yo estaba segura de que regresaría. Era joven, estaba sano, los vigilantes no tenían queja de él... Pero todo eso no le sirvió de nada. El bosque lo devoró, y lo perdí para siempre.

—¿Y tú? —pregunta Uriel—. ¿También has hecho esa peregrinación tan peligrosa?

Selima niega con la cabeza.

—Yo no he sido llamada todavía —murmura—. Pero mi hora ya no puede tardar... Cada día me encuentro más enferma, y los enfermos tienen prioridad en las peregrinaciones. Estoy segura de que, este año, los vigilantes me elegirán a mí.

Uriel y yo sonreímos incómodas, sin saber qué decir. Si hacemos demasiadas preguntas, Selima podría empezar a sospechar de nosotras. Se supone que Uriel lo sabe todo, y que yo no sé nada porque he perdido la memoria, de modo que nin-

guna de las dos debería mostrarse demasiado interesada en lo que nos rodea.

Selima nos invita a salir a la plataforma del palafito mientras ella prepara algo de comer. La verdad es que se lo agradezco; el ambiente dentro de la vivienda es demasiado opresivo. Fuera, al menos, sopla algo de brisa... Uriel y yo permanecemos en silencio contemplando el verde intenso del agua y las masas flotantes de los otros edificios.

Nuestra anfitriona surge al poco rato de las sombras de la casa con dos cuencos llenos de una gelatina amarillenta. Como no trae cubiertos, supongo que la costumbre será comerla con los dedos. Selima nos observa expectante mientras probamos la comida. Es una masa asquerosa, con sabor a sal y a hierro, pero procuro que el asco que me produce no se me note en la cara, ya que no quiero ofenderla.

Después de quedarse unos minutos observándonos comer con gesto aprobador, la mujer se retira una vez más al interior de la casa. Uriel y yo respiramos, aliviadas. Por lo menos, ahora podemos expresar sin reservas la repugnancia que sentimos sin ofender a nadie, así que, en silencio, desplegamos todo nuestro repertorio de muecas de desagrado. Sin embargo, nuestros rostros se congelan en una expresión indiferente al ver llegar a Sirom, que se aproxima por un corredor flotante, balanceando los brazos.

—Cobalto dice que mandará traer la paja para las camas —anuncia, subiendo las escaleras del palafito—. Está claro que lo habéis impresionado.

Se planta delante de nosotras con los brazos en jarras y nos mira con el ceño fruncido, hasta que, de pronto se echa a reír.

—Qué panda de imbéciles, ¿verdad? —dice, entre carcajadas—. No se han dado cuenta de nada...

—¿A qué te refieres? —pregunto.

El chico se encara conmigo.

—A vosotros —contesta—. No sois como los otros viajeros, vosotros no estáis perdidos... Tenéis recuerdos, ¿a que sí? Recuerdos de vuestra vida en la Tierra.

Uriel empieza a negarlo enérgicamente, pero yo la interrumpo. Este chico es listo, y, digamos lo que digamos, no conseguiremos engañarlo.

—¿Cómo te has dado cuenta? —pregunto, mirándolo a los ojos.

—He visto venir a muchos en esos vehículos —replica Sirom—, y todos tenían la misma expresión de vacío y de miedo en sus caras. Una expresión que vosotros no tenéis... ¿A que he acertado?

Uriel se encoge de hombros, enfurruñada.

—¿Y, si fuera así, qué harías? —pregunta—. ¿Les irías con el cuento a los vigilantes?

El chico nos mira con aire pensativo.

—No lo sé —contesta. Su tono es alegre y descarado—. No creo que me compense... Los vigilantes son idiotas, no saben apreciar una buena información. No son humanos, supongo que lo sabéis...

—Entonces qué son, ¿robots? —pregunta Uriel, olvidándose de su papel de sabelotodo por un momento.

El chico asiente.

—Robots, sí. Máquinas supuestamente inteligentes. De todas formas, no hay que menospreciarlos. Pueden hacer mucho daño, cuando quieren.

Sus ojos vagan hacia el sol, que comienza a desaparecer bajo el lejano horizonte. La gran esfera roja, en cambio, continúa en el mismo lugar, inmóvil y amenazadora.

—¿Cómo se llama? —pregunto, señalándola.

—Se llama Sahar —contesta el chico, siguiendo la dirección de mi mirada—. Sahar, la Gran Madre Roja que siempre nos mira.

—¿No se mueve? —pregunta inocentemente Uriel—. Quiero decir, ¿no avanza en el cielo, como la Luna?

Sirom la mira con sorpresa.

—Sahar no es una luna, es una Gran Madre. Eldir es una luna de Sahar... Pero la fuerza de las mareas la ancló a la Gran Madre hace mucho tiempo. Por eso Eldir no gira ya en torno de su eje.

—Entonces ¿no hay día y noche? —pregunta Uriel, cada vez más confundida.

El chico hace un gesto de impaciencia.

—Claro que hay día y noche, ¡no seas idiota! Sahar sí tiene rotación, aunque bastante lenta. Y nosotros giramos alrededor de Sahar al mismo ritmo que ella gira en torno de su eje. Es decir, que los días de Sahar tienen la misma duración que nuestros días.

—¿Y cuántos días terrestres dura un día vuestro? —insiste Uriel.

—No sé cómo son los días terrestres —responde Sirom—. Lo único que puedo decirte es que la noche ya se acerca. Y, cuando anochezca, empezará la fiesta del Oráculo. Se celebra en tu honor, Uriel, así que lo más seguro es que Cobalto no te deje en paz ni un momento.

Uriel levanta la cabeza con altivez.

—No defraudaré al jefe ni a sus seguidores —dice—. Espero que entiendan pronto la misión que me ha traído hasta aquí.

Sirom la observa en silencio durante unos segundos.

—Me pregunto qué dirá mi hermano cuando se entere de que estás aquí —dice de pronto—. De todas las aldeas de Eldir, tenían que traerte a esta...

—¿Tienes más hermanos, aparte del chico que murió en los bosques? —le pregunto, extrañada.

Por un momento, Sirom parece desconcertado. Pero en seguida reacciona.

—No, yo solo tengo un hermano. Se llama Yohari... ¿Mi madre os ha hablado de él? Es cierto que desapareció en los bosques, y todos creen que ha muerto. Sin embargo, yo no he perdido la esperanza de que vuelva algún día.

El chico intenta adoptar un aire compungido, pero lo consigue solo a medias. Estoy segura de que nos está mintiendo. No es que no haya perdido la esperanza de encontrar a su hermano, es que no tiene la menor duda de que está vivo.

Pero, si es así, ¿por qué no se lo ha dicho a su madre? ¿Por qué mantener en secreto algo que podría hacerle tan feliz?

Decididamente, hay muchas cosas que no entiendo de estas gentes. Pero a este chico, Sirom, no debemos perderle de vista. Él sabe cosas que los demás no saben. Y además, ha averiguado nuestro secreto...

En cuanto se vaya, intentaré ponerme en contacto con Casandra para que advierta a los demás.